

## EPIGRAMA XXXI.

«¡Qué frío tengo!», decía  
Luisa, y á mí se arrimaba,  
No estando en casa su tía;  
Pero yo la replicaba:  
«Pues no está esta sala fría.»  
De que yo no la entendiera  
Ella se empezó á aburrir,  
Y es que la Luisa quisiera  
Que yo mismo la dijera  
Lo que ella pensó decir.

## EPIGRAMA XXXII.

Ayer un mendigo, viendo  
Junto á un templo un coronel,  
A pedirle fué corriendo,  
Y le importunó diciendo  
Rogaría á Dios por él.  
Díole un real que tuvo allí  
El jefe, y le dijo así:  
«¡Con linda flemma te vienes!  
Ten, y ruega á Dios por tí,  
Que más necesidad tienes.»

## EPIGRAMA XXXIII.

Por ver lo que respondía,  
A una dama de teatro,  
Que el papel de reina hacía,  
Dije: «Deme, reina mía,  
Esos brazos, que idolatro.»  
Y ella, que ama su provecho,  
Dijo: «Al instante, majito;  
Pero pagadme el derecho;  
Que sin tributo, á mi pecho  
A ningún vasallo admito.»

## EPIGRAMA XXXIV.

Viéndose puesta en olvido,  
Beatriz á Blas dió mil quejas,  
Diciéndole: «¡Fementido!  
Si en invierno me has querido,  
¡Por qué en verano me dejas! (1).  
Mas él, por darla más pena,  
Dijo: «¡Paciencia, Beatriz!  
Pues me eres, como el tapiz,  
Sólo para invierno buena.»

## EPIGRAMA XXXV.

Paula, con gana de holgar,  
Le dijo á Blas una tarde:  
«¡Quieres conmigo luchar?  
Que yo he llegado á pensar  
Que eres un poco cobarde.»  
Blas luchó á más no poder;  
Y aunque ella es moza fornida,  
Fingió dejarse vencer;  
Que es máxima en la mujer  
Quejarse de ser vencida.

## EPIGRAMA XXXVI.

Conmigo Ines se jugaba,  
Y viendo yo que indecisa  
En decir su amor estaba,  
Decíala: «Ines acaba;  
¡Qué temas, que estás remisa!»

(1) Esta quintilla fué en un principio una redondilla. Así empezaba el epigrama:  
Beatriz me dió ayer mil quejas,  
Diciéndome: «¡Fementido!», etc.

«No, Pepe, dijo; que eso es  
Dar poco indicio de casta»;  
Y yo dije: «Basta, basta:  
Ya estás entendida, Ines.»

## EPIGRAMA XXXVII.

Juana me dió una pisada,  
Y yo juzgué que era acaso;  
Díome otra no tan paso,  
Tampoco la dije nada;  
¡Bame á dar la tercera,  
Yo la dije (2): «¡Tente, Juana!  
Que si yo tuviera gana,  
Bastaba con la primera.»

## EPIGRAMA XXXVIII (3).

«¡Qué malo que eres Ramon!  
(Ramona me dijo á mí);  
¡Vaya, chico! no creí  
Que eras ya tan picaron.  
«¡Ay chico! ya en picardía  
Bien puedes echar el resto.»  
Así me dijo, y... en esto  
La empezó á llamar su tía.

## EPIGRAMA XXXIX.

Un día á Ines dije yo:  
«¡Qué pones á que te olvido?»  
Y ella replicó: «¡Ay querido!  
¡Cuánto va que yo á ti no!»  
Yo antes no la vi jamás;  
Mas de paso esta ternera  
La oí; volví la cabeza,  
Y no la he vuelto á ver más.

## EPIGRAMA XL.

Ayer la suegra de Ruiz  
Yo no sé lo que mascaba,  
Que su barba á su nariz  
Varios besos la pegaba.  
«¡Oh edad (me puse á exclamar),  
Que causas tantos excesos!»  
Y al punto otros tantos besos  
A mi jarro empecé á dar.

## EPIGRAMA XLI.

Con sombrero de á tres picos  
Iba un charro de mi tierra,  
Llamando al són de cencerro  
De un arrabal los borricos;  
Y mientras tres que lo vieron  
Rieron de ver tal paso,  
Los burros, no haciendo caso,  
Tras el buen hombre se fueron.

## (2) Variante:

Mas la dije:  
(3) En un principio escribió Iglesias este epigrama del modo siguiente:

«¡Qué malo que eres, Ramon!  
(Ramona me dijo á mí);  
¡Haya chico! No creí  
Que eras ya tan picaron.»  
Toqué á avanzar á su pecho,  
Y ella en tanto prorumpía:  
«¡Ay chico! Yo bien decía  
Que muy picaron te has hecho.»

## EPIGRAMA XLII.

Contándome ayer Lucía  
El cuento de los compadres,  
Que oyó á Blas, cuando sus padres  
Fueron á una romería,  
Muchas veces le empecé,  
Rió y volvió á proseguir,  
Y en comenzarle y reír  
La tarde se nos pasó.

## EPIGRAMA XLIII.

Amaba el bien de la tierra  
Un cirujano piadoso,  
Y en rezar se halló dudoso  
Si por la paz ó la guerra;  
Mas al ver las ocasiones  
Que le dan Vénus y Marte  
De hacer lucrativo su arte,  
Salió de estas confusiones.

## EPIGRAMA XLIV.

Miramos desde un balcon,  
De frente Ines y yo puestos,  
A una vieja hacer mil gestos,  
Comiendo un ágrio limon.  
¡Oh, y qué risa! yo y Ines  
Del balcon nos retiramos;  
Mas en la pieza que entramos,  
Mayor risa hubo despues.

## EPIGRAMA XLV.

Hablando de cierta historia,  
A un necio se preguntó:  
«¡Te acuerdas tú?», y respondió:  
«¡Esperen que haga memoria.»  
Mi Ines, viendo su idiotismo,  
Dijo risueña al momento:  
«¡Haz también entendimiento,  
Que te costará lo mismo.»

## EPIGRAMA XLVI.

Por enero Ines se halló,  
De su faldon en lo interno (4),  
Una pulga, y exclamó:  
«¡Qué! ¿áun hay pulgas en invierno?»  
Blas, asiéndola la mano,  
«No extrañes, niña, el encuentro,  
La dijo; porque ahí adentro  
Yo apostaré á que es verano.»

## EPIGRAMA XLVII (5).

Mostróme Beatriz su lecho  
Con colcha azul, fleco y randa,  
Y yo, viéndola tan blanda,  
Dije para mí: «Esto es hecho.»

## (4) Variante:

De sus faldas en lo interno.

(5) Este epigrama fué escrito en un principio de este modo:

Mostróme Inesilla el lecho  
Con sus sábanas de Holanda,  
Y yo, viéndola tan blanda,  
Dije para mí: «Esto es hecho.»  
Pero acordéme despues  
De cierta áun no sana herida,  
En tal blandura cogida,  
Y díjela: «¡Agur, Ines.»

De este epigrama hizo Iglesias dos. Véase el señalado con el número x.  
(Notas del Colector.)

## EPIGRAMAS.

Mas la niña no mintió,  
Que no gasta fingimiento.

## EPIGRAMA LIV.

Ya al más sublime elemento  
Los hombres se osan alzar,  
Y en aéreo carro á volar  
Sobre las alas del viento.  
De quién la idea tomaron  
No se sabe con certeza...  
Mas si que de la cabeza  
De un poeta lo sacaron.

## EPIGRAMA LV.

Un hijo de frágil madre  
Del bajo linaje hablaba  
De Gil y le preguntaba:  
«¡Dinos, pues, quién fué tu padre.»  
A lo que Gil respondió:  
«¡Si á tí aqueso te pregunto,  
¡Qué dirás, cuando ese punto  
Tu madre no le aclaró!»

## EPIGRAMA LVI.

Quejábbase enamorado  
Uno de su dama flaca,  
Cuando en este tiempo saca  
Verde librea á un criado.  
Díjole uno: «¡Buena está  
La librea! No se os pierda;  
Que con este nuevo verde  
Vuestra dama engordará.»

## EPIGRAMA LVII.

Un médico en una calle  
El santo suelo besó,  
Es decir que se cayó  
De su mula, alta de talle.  
Empezábase á zumbar  
La gente que anda allí;  
Y él dijo: «Así como así,  
Yo me iba luégo á aparear.»

## EPIGRAMA LVIII.

A una dama visitaba  
Un caballero muy bruto,  
Que siempre, sin sacar fruto,  
Mil libros leyendo andaba.  
Ella, habiéndole sondeado,  
Dijo: «¡Ay! yo bien lo temía,  
Que éste á su gran tontería  
Añade el ser porfiado.»

## EPIGRAMA LIX.

Al andaluz más valiente  
De todos los andaluces,  
Cuya charpa omnipotente  
Pobló estos barrios de cruces,  
Cierta noche, á la una dada,  
En el Conejal hallé;  
Me miró, yo le miré,  
Y... fué sin decir nada.

## EPIGRAMA LX.

Fingí quitarla á Leonor  
Un anillito de un dedo,  
Y gritóme: «Estáte quédo...  
¡Que hombre tan enredador!»

Luégo aparte me llamó,  
Y dijo junto á un baul:  
«¡Ves, Pepe, esta colcha azul?  
Pues seis duros me costó.»

## EPIGRAMA XLVIII.

Majo de zapato blanco  
A ciertos toros salió,  
Y un zapato se manchó  
Contra el puerco pié de un banco.  
El alborotó el meson (1)  
Por yeso para limpiarlo,  
Y como no pudo hallarlo,  
No salió á ver la funcion.

## EPIGRAMA XLIX.

Dijo Paula á su velado:  
«Si visto con tal primor,  
Echo mano del valor  
Del dote que yo he llevado.»  
El la replicó: «¡Eso sabes?  
Yo cerraré bien el cofre.»  
Y ella dijo: «¡Ay pobre Onofre!  
Lo que me sobran son llaves.»

## EPIGRAMA L.

Motejaron á un soldado  
De que con impropio alarde  
Seguía á Vénus cobarde  
Mas que al fiero Marte osado.  
El replicó: «¡Linda charla!  
Antes obro muy prudente;  
Pues Vénus sabe hacer gente,  
Y Marte sólo quitarla.»

## EPIGRAMA LI.

Por cierto barrio pasaba  
Noche estiva, y á una reja  
Miré acaso, y vi una vieja  
Que las pulgas se miraba.  
Juzguéla infernal dragon:  
Di un grito y la hice la cruz;  
Y apagando ella su luz,  
Desapareció la vision.

## EPIGRAMA LII.

De cierto amigo en la casa  
Me puse á leer la gaceta,  
Y por ser demas inquieta,  
Me perturbaba Colasa.  
Díjela: «Reportaté  
Y ten por un rato seso.»  
Y exclamó ella: «¡Bueno es eso!  
Otra vez yo no querré.»

## EPIGRAMA LIII.

Viéndola, dije á Malena (2)  
No sé qué de su hermosura:  
«Niña deja de ser dura,  
Y dale alivio á mi pena.»  
Respondióme: «Si, al momento;  
En eso pensaba yo.»

(1) Variante:  
Alborotóse el meson.

(2) Variantes:  
Mostrándome ayer Filena,  
Dije: «Deja de ser dura...»

Saqué yo otro singular,  
Y á su dedo se le aplico,  
Y entonces dijo: «Así ¡ay chico!  
Yo te dejaré enredar.»

## EPIGRAMA LXI.

Dorotea se sentó  
Cerca de Táis, cortesana,  
Y viéndola tan liviana,  
De ella con gran prisa huyó.  
Díjola Táis: «Dorotea,  
No huyas con presteza tal;  
Que no se pega mi mal  
Sino es á quien lo desea.»

## EPIGRAMA LXII.

El chiste más excelente  
Que en mi vida pensé oír  
Me contó Ines, y escribir  
Se lo mandé á mi escribiente.  
Fué el caso... (3) Mas él notó  
Que iba el principio mal puesto,  
Pensé enmendarlo, y con esto  
El chiste se me olvidó.

## EPIGRAMA LXIII.

Dije á Ines: «Harto lo siento;  
Pero licencia te pido  
Para ponerte en olvido.»  
Y ella dijo: «Si, al momento.»  
No pensó lo que decía;  
Mas luégo que lo advirtió  
Dijo halagüena: «Eso no,  
Eso no.» Y se concomia.

## EPIGRAMA LXIV.

Notó Ines que trastejaba  
Cierta albañil con su hijo  
Un pajar, y éste á aquél dijo  
Que muy bueno no quedaba.  
El padre á risa lo toma  
Y dice: «Yo bien lo haré;  
Pero, hijo mio, ¡de qué  
Quieres que mañana coma!»

## EPIGRAMA LXV.

En su huerto ayer Colasa  
Cogió una naranja china;  
Mas al picarla una espina  
Gritó: «¡Fuego! y ¡cómo abraza!»  
Díjela en risa: «Mi bien,  
Me alegro de la picada.»  
Y ella, con la burla airada,  
A mí me picó también.

## EPIGRAMA LXVI (3).

Cierto alguacil que rondaba,  
Solos á Táis y á otro halló,

(3) Variante:  
Dice así... Mas él notó...

(4) Variantes:  
Solos á Ines y á otro halló;  
Y ni á Ines...

Ni al que con Ines estaba,

Y yo digo que ambas cosas.

(Notas del Colector.)

Y ni á Táis presa llevó,  
Ni al que con Táis solo estaba.  
Dudan hoy gentes curiosas  
Si en él esta acción propicia  
Fue liviandad ó codicia,  
Y yo juro que ambas cosas.

## EPIGRAMA LXVII.

Dijela á Ines: «Tus mejillas  
Dulces, tus dulces ojuelos  
Y labios de caramelos  
Me sacan de mis casillas.»  
Ella, echándose á reír,  
Dio cierto en un disparate,  
Que fue... Pero tate, tate;  
No todo se ha de decir.

## EPIGRAMA LXVIII.

Supo Ines que un oficial,  
De gálico muy lisiado,  
En su casa había mandado  
Que en nada le echasen sal;  
Y dijo en risa: «No entiendo  
Cómo la sal causa enfado  
A éste, que por más de un lado  
A prisa se va pudriendo.»

## EPIGRAMA LXIX (1).

Mirándole frente á frente,  
Dijole Blas á Teodora:  
«Niña, tu rostro luciente,  
Tus ojos, labios y frente  
Y tu garbo me enamora.»  
Mas lo que del caso sé,  
Fue que, por no malograr  
Tanto amor, ternura y fe,  
Ella... donde iba se fue,  
Y él no la ha vuelto á buscar.

## EPIGRAMA LXX.

Al bosque fue Ines por rosas,  
Una mañana de mayo;  
Cogióla un cierto desmayo,  
Divertida en ciertas cosas.  
¿Qué desmayo éste sería?  
Juguete acaso de amores;  
Y es que cuando fue por flores,  
Perdió la que ella tenía.

## EPIGRAMA LXXI.

Paula á Andres mil fiestas hizo,  
A quien cazar pretendía,  
Y de condicion de erizo  
Y frialdad de granizo,  
Jugueteona le argüía.  
«Cállate tú, buena maula»,  
Andres la empezó á decir;  
Mas enternecióse Paula;

(1) Este epigrama fue escrito en un principio de este modo:

Dijele ayer á Teodora:  
«Muchacha, tu faz luciente,  
Tus ojos, labios y frente,  
Y el tu garbo me enamora.»  
Y ella, echándose á reír,  
Dio al punto en un disparate,  
Y éste fue que... Lengua, tate;  
No todo se ha de decir.

Iglesias convirtió despues este epigrama en dos. Véase el señalado con el número LXVI.

Andres lo llegó á sentir,  
Y por fin cayó en su jaula.

## EPIGRAMA LXXII.

Dijome Ines: «Esta tarde  
Se va á Toro (2) mi marido.»  
Yo la dije, comedido:  
«¡Dios de ladrones le guarde!»  
Ella se empezó á reír,  
Como que no lo entendía;  
Ahora bien, ¿qué me querría  
La taimada Ines decir?

## EPIGRAMA LXXIII.

Ayer Táis me guñó el ojo,  
Hablando yo con Leonor;  
Y yo entre mí dije: «Amor,  
¿Me traerás algún despojo?»  
Mas saliendo Leonor fuera,  
«¿Qué me quieres, Táis amada?»  
La digo, y Táis dice: «Nada;  
Sólo que Leonor se fuera.»

## EPIGRAMA LXXIV.

Entrando en los Cayetanos,  
Una dama á un charro vió  
Y le dijo: «¿Se acabó  
La misa de los villanos?»  
Viendo él trazas tan livianas,  
Respondió: «Se acabó ya;  
Pero entrad, que ahora saldrá  
Otra de las cortesanas.»

## EPIGRAMA LXXV.

Con Ines salí á pasear,  
Y ella poquito á poco iba,  
Cuando con voz compasiva  
Así me empezó á rogar:  
«Blas, si no te da molestia,  
Pues esta liga me adige:  
Affójamela»; y la dije:  
«Me cautiva esa modestia.»

## EPIGRAMA LXXVI.

Quando yo canto mis sales,  
Muchacho ágil me resuelvo,  
Y en una palabra envuelvo  
La envidia de mil mortales.  
Si hacen de mi humor desden,  
No tienen más que gustallo,  
Mientras por tonto echo el fallo  
A quien no le sepa bien.

## ODAS.

## LA LIRA DE MEDELLIN.

## ODA I.

Tomé osado en la mano  
La gran trompa de Homero,

(2) Variantes en los versos 2.º, 6.º y 8.º:  
Se va á Madrid...

Diciendo no la entendía...

La bellaca Ines decir.

(Notas del Colector.)

Y aplicada á mis labios,  
Siempre me sonó á cuerno.  
Cantar quise á Paredes  
Y su asombroso esfuerzo,  
Y de un caracol bajo  
No distinguí mi acento.  
Arméme de paciencia,  
Y en más bellacos versos  
Canté, y al punto á oírme  
Mil gentes se pusieron.  
Yo quiero darles gusto;  
Tú, valiente extremeño,  
Para tus triunfos busca,  
Busca cantor más cuerdo;  
Que yo á fin tan glorioso  
Ya preparé mi aliento,  
Y una y otra vez y otra,  
Siempre me sonó á cuerno.

## ODA II.

En estas mis letrillas,  
Que de madera al aire  
Dispuse en nueva lira,  
Cual en Medellín tañen,  
No aquel profundo abismo  
De que las causas nacen,  
Lo sutil de las ciencias,  
Lo ameno de las artes;  
No una moral sublime  
De apólogos notables;  
No fábulas que roben  
El tiempo á las verdades;  
No arrojados asaltos  
De bravos capitanes,  
Ni trágicos sucesos  
De muertes miserables;  
No mímicas escenas,  
Ni ternuras de amantes,  
Ni sandez de pastores,  
Miedo hayais que yo cante,  
Sino aquel ronco estruendo  
Que el hueco cuerno esparce,  
Llamando á los sufridos  
A ver pintar su imagen,

## ODA III.

Dame, dame, muchacho,  
Dame la lira, ¡ca!  
Y guarda no la cambies  
Con la de heroicas cuerdas.  
Tráeme, sí, la que tiene  
De Medellín la empresa,  
Con dos torcidas trompas  
En media luna puestas.  
Que con esto, y la innata  
Furia que me desvela,  
Diré de los sufridos  
Gracias cantinelas.  
Y si rehuye oírme  
La humanidad modesta  
Lo bajo del asunto  
Que el nimen me encomienda,  
Óiganme los sufridos,  
Que sobran por la tierra,  
Si entretener ociosos  
Virtud es manifiesta.

## ODA IV.

De Arquímedes alumno  
Fabricame una copa  
De plata, pero en ella  
Líde de amor no pongas.  
Guarda que de Lucrecia  
Aquí grabes la historia,  
Ni de ningún marido  
Muerto por tener honra,

Por su ornato la lira  
De Medellín me forja  
Cornetas, caracoles  
Y silbatos de concha.  
Si gustas, á Vulcano  
Pon con su pata coja,  
A quien Vénus y Marte  
De hueso la sien ornan.  
Tintero de muchachos,  
Lucerna de luz tosca,  
Mil higas y mil testas  
De ciervos bien ramosas.  
Esto no más te pido  
Que en el tazón me pongas;  
Que en dón tengo que darle  
A un maridín de moda,  
Y si á perderlo llega,  
Razon es lo conozca  
Por las señas, que es suyo  
Más que su mujer propia.

## ODA V.

Vender vi en una feria,  
De ciervo un cuernecito,  
Con su engaste de plata  
Azaz mono y pulido.  
Pedí al platero el precio,  
Y él, liberal y fino,  
Por lo que quise darle,  
Darle sin tardar quiso.  
Cogíle, y á mi casa  
Llevé el dije conmigo,  
Y á mi mujer la ruego  
Le acepte por ser lindo.  
Ella exclamó, riendo:  
«¿Válgame Dios, marido!  
¿Quién compra lo que tiene  
De sobra en su recinto?  
Si de vender hubieras  
De aquestos dijecillos,  
No bastara una lonja,  
Ni un pueblo á consumirlos.»

## ODA VI.

Notando sus aumentos  
Cierta sufrido jóven,  
Muy hueco en este apodo,  
Hizo estas reflexiones:  
«Pensé, cuando era niño,  
Que ser cornudo un hombre  
Fuera con mil pesares  
Vivir, y sinsabores.  
Mas despues, mozalvete,  
Dorila encabrestóme,  
Muchacha de tal gracia,  
Que sin querer los pone.  
Y hallé, desengañado,  
Que aunque cuernos me sobren,  
Tambien me sobra el vino,  
Las truchas y pichones.»

## ODA VII.

Por no estorbar un día  
En una oculta pieza,  
A sí mismo un sufrido  
Se habló de esta manera:  
«Pues Jove me lo manda,  
Venga, venga, paciencia;  
Que es toro autorizado,  
Y obedecerle es fuerza.  
Verdad es que al principio  
No le rendí obediencia  
Por ignorar los daños  
De la hambre dura y negra,  
Y en ella me sostuve  
Siete lunas y media,

## ODAS.

Hasta que amor ser manso  
Me señaló por renta.  
Manso tengo vestidos;  
Manso, comida y cena;  
Y manso, no hay delicia  
Que yo en el mundo pierda.»

## ODA VIII.

Refiriéndole un sueño  
A su esposa taimada  
Su paciente consorte,  
La dijo estas palabras:  
«Durmiendo yo á la sombra  
De cierta cornicabra,  
Este bellaco sueño  
Se me vino á mi cama.  
Soñé que un don Pelote  
Me puso una guirnalda  
De pitones de ciervos,  
De cornatos de vaca.  
Y que con ella puesta  
Me metí en una danza,  
Donde con ciertas niñas  
Muchos mozos bailaban.  
Y que unos bien bebidos,  
Con lengua desbocada,  
De mi testa decían  
Injurias y alharacas.  
Quise vengarme de ellos;  
Mas todos se me escapan,  
Cuando de nuevo el sueño  
A su quietud me llama.»  
Dijera así; y su esposa  
Respondió: «Caso no hagas,  
Marido, de esos sueños;  
Que todo es patarata.»

## ODA IX.

La popular industria  
Dio al hombre oficios propios  
Con que ayudarse puedan  
Los unos á los otros.  
La invencion de las artes  
Les inspiró á los doctos;  
Los bélicos ardidés  
Dio al capitán heroico.  
Enseñó al navegante  
Poder surcar el Ponto,  
Y al uso del viajero  
Domar los duros potros.  
Al labrador humilde  
Le dió el arado corvo,  
Y entregó al artesano  
A oficios laboriosos.  
Y á vueltas de mil otras  
Que hilan delgados copos,  
A Táis de su hermosura  
La toleró hacer logro.  
Mas nada de todo esto  
Le concedió á su esposo;  
Pues ¿qué le dió? paciencia,  
Paciencia, y esto solo  
Le adquirió más haberes,  
Le amontonó más oro,  
Que el trabajo, las artes  
E ingenio de los otros.

## ODA X.

Píntame, honor de Iberia,  
Cópíame ¡oh gran Velazquez!  
A un maridín de moda,  
Cual yo te lo dictare.  
Delíneale ante todo  
Los ojos penetrantes,  
Negros, fogosos, vivos,  
Que al más audaz espanten,

La faz rizada y fiera,  
Que anhele por vengarse,  
Y el espumoso hocico  
Más negro que azabache.  
Los cuernos, siempre agudos,  
Crujir hagan los aires,  
Y el ancho cerviguillo  
Que rizos mil realcen.  
El cuello alto y erguido,  
El lomo hermoso y grande,  
La piel en colorido  
Al signo de Abril gane,  
La mano de uña hendida,  
Con que la arena escarbe,  
Y una extendida cola,  
Que casi al suelo arrastre.  
Airosas banderillas  
Le pondrás por remate,  
Ya caigan al brazuelo,  
Ya sobre el cerro se alcen.  
Igual al mismo fuego  
Su rubicunda sangre,  
Aquel tiznado pelo  
De trecho en trecho manche.  
En cerco de mil gentes  
Que tiemblen su semblante,  
Ya de léjos le silben,  
Ya de cerca le llamen.  
Y él que en veloz carrera,  
Atras deja los aires,  
Como menuda arena  
Tropas de gente esparce.  
¿Qué más?... Pero sin duda,  
En vez de muda imagen,  
Me das vivo al que pido.  
¡Ea, novillo, entradme!

## ODA XI.

Cual la borla en bonete  
Señal es de graduado,  
O cual suele ser signo  
De la taberna el ramo;  
Yo así, luego que veo  
Algún marido manso,  
Le reconozco y silbo,  
Y á mi capa le llamo.  
Porque Jove en sus frentes  
Les pone por penachos  
Las airosas señales  
Que él por Europa trajo.

## ODA XII.

Dicen que han de arrojarme  
Al Sur ó helado Norte,  
Si prosigo cantando  
De los chibos barbones.  
¡Y qué! en cualquier provincia  
Que por dicha me arrojen,  
¡No se han de dar chibatos,  
Con que el nimen desfogue?  
El fértil suelo bético  
Cria caballos nobles,  
Y el campo salmantino  
Los toros más feroces.  
Castilla es quien produce  
Los fuertes campeones,  
Y en dar monarcas grandes  
Su gloria Aragon pone.  
Empero los sufridos  
Que yo aturullo á golpes,  
Cualquier region del mundo  
Los cria á cual mejores.

## ODA XIII.

Paseábase un sufrido,  
Lleno de franjas de oro,

Y ufano en sus arbitrios,  
Hizo este soliloquio:  
«Como lo hace el letrado,  
Yo de lo que sé como,  
Y él se rompe la testa,  
Mientras yo me la adorno.  
Andese enhorabuena  
El marido celoso,  
De bestias coronadas  
Comparándome apodos;  
Que yo, mientras paseo  
Su calle, majo y gordo,  
A su hambre y su miseria  
Mayores higas pongo,  
Y creo que mi patria  
Me aplaudirá con gozo;  
Porque ella es cual ninguna  
Aficionada á toros.»

## ODA XIV.

Viendo una gitanilla  
A un novio horro de pelo  
Las rayas de la mano,  
Le aventuró todo esto:  
«Cuanto más, calvo amigo,  
Tendrán tanto más auge  
Tu hacienda y tu dinero.  
Pues cídalo en buen hora,  
Y da á tu frente aumento;  
Que no más que las armas  
Y renta te va en ello.  
Que si el hado no miente,  
Tú serás caballero...  
De aquellos que señalan  
Los chicos con los dedos.»

## ODA XV.

La que á mí me criaba,  
Mujer en grado sumo  
Fanática observante  
De encantos y conjuros;  
Teniéndome en sus brazos,  
A adivinar se puso  
Mis hados, y agorera,  
Dijo á un compadre suyo:  
«No morirá este niño  
A manos de verdugo,  
Tósig, acero ó bala,  
Ni á tabardillo agudo.  
Yo pienso que despojo  
Será al fin de algún bruto;  
Pero no, como Adónis,  
De puerco colmilludo,  
Pues quien ha de matarle  
Será animal cornudo;  
Pues todo se me altera  
Con cuernos viendo alguno.  
¡Hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! les grita  
Con inquieto murmullo,  
Y á su mandil los llama  
Con ademán muy cuco.»

## ODA XVI.

Paseaba por un monte  
Cierta marido humilde,  
Y oyó cómo allí un cuco  
Sus cánticos repite.  
Y al ver cómo le apunta  
De su testuz el timbre,  
Piensa que con él habla,  
Y así responde y dice:  
«Parlero cuco amigo,  
Vuela á mi esposa, y dile  
Que á deletrear mis armas  
Gracioso te pusiste,

Dile que aquí las flores,  
Aves, fuentes y vides,  
De su estafar murmuran,  
De mi paciencia rien.  
Cuéntale que en su ausencia  
No echo ménos sus dijes...  
Mas no, dile tan sólo  
Los cuernos que me viste.»

## ODA XVII.

¡Por qué, di, te molestas,  
Retórico enfadoso,  
En persuadirme mude  
De objeto, lira y tono?  
Dicesme que es bajeza  
Que á mi númen heroico  
Dé asunto que sin miedo  
Jamás pronuncia el tonto.  
Y añádesme muy serio:  
«No vale un cuerno solo  
Tu númen malogrado.»  
Al fin, yo te lo otorgo.  
Que yo el valor de un cuerno  
Ganar no me propongo,  
Sino que con mi musa  
So quiten unos pocos.

## ODA XVIII.

Un manso de los que hacen  
Gala del sambenito,  
Contando las sus cuitas,  
A su mujer la dijo:  
«Dícenme las mozelas:  
¡Qué lindo estás! ¡qué lindo,  
Cornelio! y para verlo  
Toma el espejo limpio;  
Verás entre tus siehes  
Cuál adornan tus rizos  
Las ramas de los ciervos,  
Del caracol los signos.»  
Yo respondo: «Muchachas,  
Cierta será: prescindo  
De si otros me los plantan,  
De si ellos me han nacido;  
Lo bien que como y bebo  
Sólo podré decirlo;  
Y que esa sobra, ó falta,  
Jamás yo la he sentido.»  
Oyérale su esposa,  
Y respondióle: «¡Ay hijo!  
¡Qué envidia que te tienen,  
Viendo como te cuida!»

## ODA XIX.

Yo vi á cierto sufrido,  
Y á fe que de los guapos,  
Decir tales fanfarrias,  
Consigno mismo hablando:  
«Manso soy; mas á todos  
Los fieros, con ser manso,  
Excedo en los despojos  
Que en mi paciencia gano.  
Mi renta es ser paciente,  
Los cuernos son mi amparo;  
Que yo de utilidades  
No conozco otro ramo.  
Quien quiera tener guerra,  
Con guerra tenga el plato;  
Y á mí dadme que coma  
Y beba con descanso,  
Que juegue, gaste y triunfe  
A costa de otros francos,  
Y si álguien lo fisgare,  
Para él será el trabajo.»

## ODA XX.

Cierto marido franco  
Pasar vió por su calle  
Otro celoso y pobre,  
Y así empezó á explicarse:  
«¡Qué malo que está el año,  
Y este pobrete amante  
Sin duda va pidiendo  
Por despedir al hambrel  
Y es un gran mentecato;  
Pues como se humanase  
Cual yo, y fuese sufrido,  
No hubiera tantos males.  
Con no estorbar, ¡qué ciencial  
Se hallára en un instante  
Con casa llena y mesa  
Variada de manjares;  
Pero pues no, que pene;  
Que á mí, mientras me hacen  
Otros de plata el plato,  
No hay mal que me amenace.»

## ODA XXI.

Si prolongar pudiera  
Mi vida con los cuernos,  
Sin duda los buscara  
Por ambos hemisferios.  
Así de la atroz Parca  
Templára el rigor fiero  
Con una sarta de higas  
A su forzoso tiempo;  
Pero, ya que no es dable  
Hacer del hado juego,  
De qué sirven las puntas  
Y ramos de los ciervos?  
Pues ¡sus! venga mi lira;  
Que yo juro de nuevo  
Burlar del que los tiene,  
De su estómago y pecho;  
Y al sol todos los trapos  
Sacar... pero callemos,  
Que al sol, cual caracoles,  
Los sacan ellos mismos.

## ODA XXII.

Yo vi cierto sufrido,  
Que, porque le picaban  
Dos amigos burlones,  
Así exclamó con gracia:  
«Amo á aquel que los tiene,  
Amo á aquel que los planta,  
Porque éstos me socorren,  
Y aquéllos me acompañan.  
Si apuntan ó no apuntan,  
Sólo es aprension vana;  
Lo cierto es que los cuernos  
Moneda son contada.»

## ODA XXIII.

¡Quién es aquel que viene  
Con tanta gritería,  
Por cima de la frente  
Dos astas muy crecidas;  
Al cuello una maroma,  
De quien mil chicos tiran;  
Al cervigullo puestas  
Un par de banderillas;  
En cerco de él las gentes  
Con regocijo silban;  
De él huyen unos, y otros  
Tras él corren aprisa?  
¡Qué ha de ser? un novillo  
Que corren en la villa.  
Pues no, que es el marido  
De la honesta Dorila,

## ODA XXIV.

Salió Fabio á los toros  
En un bayo de frisa,  
Con su sombrero blanco  
Y verde jaquetilla.  
Volvió á casa bufando,  
Lleno el frison de heridas,  
Rota la blanca cofia,  
La ala al sombrero hendida.  
Háblanle y no responde;  
Gritanle y no replica;  
Pregúntanle qué tiene;  
No hayas miedo lo diga;  
Pues ¡qué le habrá pasado?  
Su frente claro indica  
Que en cuanto fué á los toros,  
Le hizo toro Dorila.

## ODA XXV.

Casadillo el más casto  
Que en celibato eterno,  
De tu mujer disgusto,  
Marido eres mostrenco,  
¡Oh, cuántos dió tu esposa  
A luz pimpollos tiernos  
Del jardín de Cupido,  
De la granja de Venus,  
Que ni viste ni oiste,  
Ni palpaste un momento,  
Y por tuyos los traga  
Tu gazañate no estrecho!  
Siquiera la ballena  
Tenga ancho el tragadero,  
No es posible que iguale  
Al tuyo, ¡oh gran Cornelio!

## ODA XXVI.

Tú las guerras de Malta  
Cantas, y aquél las turcas;  
Pero yo, caviloso,  
Las canto más agudas.  
Porque no el blason de armas  
Las testas que hay cornudas  
Por inofensivas pierden,  
Por indefensas frustran.  
Y yo celebro frentes  
Que ofenden con sus puntas  
Al que no da, y defienden  
A todo el que las nnta.

## ODA XXVII.

Noche en invierno obscura,  
Sentadito á la lumbre,  
Y aguardando á su esposa,  
Así un simplon discurre:  
«Pacientes nos portemos;  
Pues entre las virtudes,  
Siempre fué la paciencia  
De grande estima y lustre.  
Pacientes aguardemos;  
Pues tonto es quien no guste  
Que en casa le den ciento  
Por uno que le apunte.  
Pacientes...» Pero en esto  
Por la escalera sube  
Su esposa y un padrino  
Que su tardar disculpe.

Los tres luégo en paz quieta  
Cenaron unas ubres;  
Brindáronse, y dijeron:  
«¡Afuera pesadumbres!»

## ODA XXVIII.

Estando con un canto  
Machando yo almendrucos,  
A mí se llegó un viejo,  
Que fué sin duda brujo,  
Y díjome: «Muchacho,  
¡Parece que están duros!  
Pues así en adelante  
Lo han de ser tus asuntos,  
Que luégo que su ingenio  
Llegue á tener tres lustros  
Por afición innata,  
Por natural influjo,  
Mil huesos aún más fuertes  
Con incesante estudio  
Has de morder entónces,  
Que éste es el hado tuyo.»  
Así dijera el viejo;  
Y que lo dijo juzgo,  
Quizá porque sus armas  
Machaco á los cornudos.

## ODA XXIX.

Cantando yo una letra,  
Un manso me escuchaba,  
Y airado á mí viniendo,  
Me tiró estas palabras:  
«Dinos, ¿adónde apuntan  
Los cuernos que les plantan,  
A esos que tú sufridos  
En tus cantares llamas?  
Dinos, si tan pequeñas  
De un manso son las astas,  
Que á percibirlo apenas  
El ojo humano basta;  
Dinos si tienes lente,  
O microscopio, ó maña  
Que alcance á descubrirte  
Lo que ninguno alcanza.  
Si no, ¿por qué en cantarlos,  
En balde el tiempo gastas?  
Que al fin, si ellos nacieran,  
Feijóo nos lo explicára.  
Enfrena, pues, trastillo,  
Tu lengua desbocada;  
Que á ser por mí, tu lira  
Ya estuviera quemada.»

## ODA XXX.

«¡Qué será, don Hernando  
(Me dicen muchas niñas),  
Que siempre cuernos cantas,  
Y nunca sus heridas?»  
Pero yo las respondo:  
«Bachilleras de Esquivias,  
Hay los unos que hieren,  
Y otros que no lastiman.  
Los unos en los brutos  
Son armas defensivas;  
Los otros en no brutos,  
Del hambre medicina.  
Los bravos con los bravos  
Allá tengan sus iras,

Mientras que yo á los mansos  
Me huelgo en poner higas.  
Mas si éstos, como aquéllos,  
Por alto ya me tiran,  
Aprenderé paciencia  
De su paciencia misma.»

## ODA XXXI.

No quiero que la Fama  
Fatigue al hueco bronce,  
Mi débil són llevando  
A incógnitas regiones.  
Déjenme con mi lira,  
Y nadie me lo estorbe,  
De Medellín los ecos,  
El armazon y el nombre;  
Pues que sola ha cantado  
De los chibos barbones,  
Las gracias y desgracias  
De la irrisión del orbe.

## ODA XXXII.

Con nueva voz, por nuevo  
Estilo, en nueva hra,  
Que alzada de la luna  
Hasta los cuernos viva,  
Vuestro ocio y conveniencia,  
Vuestro timbre y divisa,  
Vuestro carácter propio,  
Con todas vuestras dichas,  
Pacientes ya he cantado.  
Pues ¡ea! á toda prisa  
Pedid prospere Apolo  
De Medellín la lira.

## ANTES DE AMAR TUVE CELOS.

## GLOSA.

Siendo niño, en nuestro prado,  
Florinda hermosa, te vi  
Dar abrigo á un albell  
Entre tu seno nevado:  
De verle tan regalado  
Empecé á sentir recelos;  
Y en mis años pequenuelos,  
Sin saber lo que era amor,  
De aquella inocente flor,  
Antes de amar, tuve celos.

## PENSAMIENTO DE LA MENAGIANA.

En un templo un caballero,  
Con su venera muy majo,  
Estaba junto á la pila  
De agua bendita arrimado,  
Al tiempo que á tomar agua  
Llegó, con su rico manto  
Cubierta, una hermosa dama,  
De gala, primor y ornato.  
Viendo sus ricas sortijas,  
Dióla agua y dijo muy ancho:  
«Yo tomára los anillos  
Y dejaria la mano.»  
Mas ella respondió, asida  
De la venera: «Seo guapo,  
Pues yo tomára el cabestro  
Y dejara libre el asno.»

## IDILIOS.

## IDILIO PRIMERO.

## EL CLAVEL.

La madre universal de lo criado,  
Que con diversas y pintadas flores  
De la alma primavera, en mil olores  
Adorna el verde manto, que ha bañado  
Céfiro en mil olores;  
Ya alzando al cielo frescas azucenas,  
Nacidas al albor de la mañana,  
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana  
De frescas hojas y de frutas llenas  
De rosicler y grana;  
En mi huerto produjo el más hermoso  
Pudonor del jardín, el presumido  
Galan de toda flor, astro florido,  
En quien se excede el año presuntuoso:  
El clavel encendido.  
Sus edades se pasan de hora en hora,  
Corto vivir le destinó la suerte,  
Y sólo un sol solemnizarle advierte  
En risa el alba, en lágrimas la aurora,  
Su nacimiento y muerte.  
Señuelo sea de tu amante lado,  
O bello airon de tu galan sombrero,  
Por primicia del año placentero,  
Y de un alma que á ti te ha consagrado  
Su afecto lisonjero.  
Lógrese en tu beldad esclarecida;  
Y pues del año fué pimpollo tierno,  
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,  
Y á tu lado consiga eterna vida  
En un abril eterno.

## IDILIO II.

## LA AUSENCIA.

Mírote en noche del helado invierno,  
Rotos tus cuernos, luna amortiguada;  
Y entre negros celajes ofuscada,  
Muestras falto de luz el rostro tierno,  
De Febo desdeñada.  
Tal yo ¡mezquinal entre una niebla oscura  
Quedo al desden que el ánimo me hiela;  
Sin luz ni gala mi cariño vuela,  
Miseria, sola y pobre de ventura,  
Y sin tu centinela.  
Sólo á ti he descubierto mis amores,  
Sólo á ti he dado cuenta de mi vida,  
Como á la secretaria más querida  
Que el cielo pudo darme en sus favores,  
De que ando despedida.  
Que si acaso el cruel, cuya memoria  
Siempre en mi alma vivirá guardada,  
Llegaré aquí á sazón que declarada  
Esté ya por la muerte la victoria  
De mi vida cansada,  
Cuéntale con dolor mi amarga nueva,  
Y por corona de mi triste suerte,  
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte  
Muy más su ausencia el ánimo me lleva,  
Que el brazo de la muerte.

## IDILIO III.

## LOS CELOS.

Tú, ruiseñor dulcísimo, cantando  
Entre las ramas de esmeraldas bellas,  
Ensordeces las selvas con querellas,  
Su gravísimo daño lamentando  
Al cielo y las estrellas.  
Pesados vientos lleven tu gemido  
En las cuevas de amor bien aceptado,

Y con pecho en tus penas lastimado,  
Bien es respuesta al canto dolorido  
De tu picuelo arpado.  
¿Quién te persigue? ¿Quién te affige tanto?  
Si acaso es del amor la tiranía,  
Consuélate con la desdicha mía,  
Que advirtiéndote tu misero quebranto,  
Busco tu compañía.  
No me desprecies, cuando te acompaño,  
Pensando que en dolor me aventajaras,  
Pues si mis desventuras vieras claras,  
Y al fin te persuadieras de mi daño,  
Quizá el tuyo aliviaras.  
Triste de mí que en páramo apartado,  
Siendo alimento á pena tan esquiva,  
Hallé muerte de celos, que derriba  
El edificio amante que hube alzado  
Sobre agua fugitiva.

## IDILIO IV.

## DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,  
Sombrios sauces, cedros de olor llenos,  
Que os holgais con los céfiros serenos,  
Y enguinaldais con cercos de esmeralda  
Los prados siempre amenos;  
Vos, en quien floreció la primavera,  
Y alzais al cielo vuestra frente grata,  
Dando ornamento á la luciente plata  
De los raudales de esta fiel ribera,  
Ya veis cómo os retrata.  
Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo,  
Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza.  
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,  
Mientras os diere su favor el cielo,  
Ornándoos de belleza.  
Siete años hace ya que en mi alma exenta  
Con imperio unos ojos han reinado,  
Y otros siete en mis venas he guardado  
El fuego, el dulce fuego que alimenta  
Mi pecho enamorado.  
Miro mil veces su beldad sin tasa,  
No porque aumento, no, mi pasión pura;  
Que una vez y otra vista su hermosura,  
Eternamente el corazón abrasa,  
Y el fuego mortal dura.  
Llama que eterna duración alcance,  
Y al vivir del espíritu se extiende,  
Ni el horror del sepulcro la comprende,  
Ni del tiempo la rígida mudanza  
La marchita ni ofende.

## IDILIO V.

## ILUSIONES DE LA TRISTEZA.

Descaminada, enferma y peregrina  
La estéril tierra piso;  
Ocúltase la luz que me encamina,  
Y tiemblo de improviso.  
Airado el Aquilón tronca las plantas,  
Silbando en las cavernas;  
Suspenden sus dulcísimas gargantas  
Las avecillas tiernas.  
Marchitase estos prados cuando miran  
El fuego de mis ojos;  
Las florecillas de ellos se retiran,  
Armándose de abrojos.  
Copian mi rostro pálido las fuentes,  
Y enturbian sus cristales;  
Huyen de mí las fieras inclementes  
Con bramidos fatales.  
¿Quién les dijo mi mal? ¿Quién les dió cuenta  
De mi dolor callado,  
Cuando el ardor que el alma me atormenta,  
Decir me está vedado?  
No te basta, cuitada, el miedo extraño  
Que dentro el alma sientes,  
Sin que todas las cosas en tu daño

Se muestren inclementes?  
Llora ¡ay misera! llora, pues el llanto  
Sólo á tu mal conviene;  
Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto  
Remedio alguno tiene.

## IDILIO VI.

## DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí, y en este desvarío,  
Por la alta frente de un escollo pardo  
Del precipicio donde no me guardo,  
Sigo la senda, preso el albedrío,  
Con pié dudoso y tardo.  
Nuevo ardor me arrebató el pensamiento,  
Discurro por el yermo con pié errante;  
La actividad de un fuego penetrante,  
Ni la inquietud que en mi interior yo siento,  
Huyen de mí un instante.  
Por el hondo distrito y dilatado  
Del corazón, en fuego enardecido,  
Se explayó el gran raudal de mi gemido,  
Y la dulce memoria de mi amado  
Hundió en eterno olvido.  
Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,  
Escándalo funesto y escarmiento  
A los tristes amantes, que sin tiento  
Levantaron de lágrimas sus gozos,  
Gozos de inútil viento.  
Los que en la primavera de sus días  
Temieron el desden de sus amores,  
Envidien el tesón de mis dolores,  
Y fuego aprendan de las ansias mías  
Los finos amadores.

## IDILIO VII.

## LA AGITACION.

¡Ay! ¡cómo ya la alegre primavera,  
A su felice estado reducida,  
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,  
Esmaltando de flores su ribera,  
Que antes se vió aterrida!  
Suelta el raudal su risa armoniosa,  
Y canta el ruiseñor con trino doble;  
De púrpura se viste el clavel noble,  
Y enlaza al olmo con la vid hermosa,  
Y con la hiedra al roble.  
¿Qué de veces me vió rosada aurora,  
Mística y débil la flor de mi hermosura,  
Reclinada del monte en la espesura,  
Y en vela inquieta me encontró á deshora  
Llorando mi ventura!  
Cae del cielo la noche tenebrosa;  
Cubren sus alas negras todo el suelo;  
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,  
Y paz el blando sueño da engañosa  
A mi triste recelo.  
Que despierto asustada, y mi cuidado  
Me lleva á yerma orilla de ancho río;  
Vuelvo en vano á dormir, y desconfío  
De poder encontrar puente ni vado  
Al triste curso mio.  
Triste de mí que sigo temerosa  
La luz escasa del funesto fuego,  
Que el poder de mis ojos deja ciego;  
Y émula de la incauta mariposa,  
A su volcan me entrego.

## IDILIO VIII.

## EL DESFALLECIMIENTO.

Delicioso vergel, fuente risueña,  
Espumoso raudal que al prado esmalta,  
Y de la peña que miró más alta  
Al cóncavo enydrado de otra peña,  
Lleno de aljofar, salta,

En este soto un tiempo entretenido,  
La flor mi breve pié pisó contento;  
Sólo á tu mal conviene;  
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,  
De mi delicia asiento.  
Pues ya del sol la luz que al mundo alegra  
Huye á mis ojos, que aman el retiro;  
Y ciega del amor con que suspiro,  
Y triste y sola entre una nube negra  
La fiera Parca miro.  
¡Cielos! ¿á cuál deidad tengo agraviada,  
Que en medio de mi dulce primavera  
En tan nuevo rigor quiere que muera,  
Y que antes de gozarla, parca airada  
Corte mi flor primera?  
Del seno oscuro de la tierra helada  
Llamarme con terribles voces siento;  
Tristes sombras cruzar vi por el viento,  
Y que me llaman todas de pasada  
Con lamentable acento.  
No me aterra la muerte, ni rehuso  
El dejar de vivir de edad florida,  
Ni he esquivado la muerte tan temida,  
Que amaneció con mi vivir confuso,  
De mi cuidado asida.  
Siento haber de dejar deshabitado  
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,  
Y yermo un corazón que tuyo ha sido,  
Donde todo el amor reinó hospedado,  
Y su imperio ha extendido.  
No el morir siento, ¡ay Dios! siento el dejarte;  
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?  
Si me era paraíso y gloria el verte,  
¿Qué gozaré, dejando de gozarte,  
Sino perpétua muerte?

## IDILIO IX.

¿Qué tarde la triste alba ha amanecido,  
Cubriendo en nieblas su rosada frentel  
¿Qué turbio el bello sol su carro ardiente,  
Entre una nube lóbrega escondido,  
Nos muestra escasamente!  
Ni el pastor canta, ni el ganado paca,  
Ni se ve en fuentes y aves armonía;  
La flor no rie. ¿Adónde la alegría  
Huye con pié veloz? Así el sol nace,  
Y así amanece el día.  
¡Ay! mira tu fortuna sin espanto,  
Y prevenite con alma diamantina  
A la desgracia que ella te destina;  
Que la prevista no acojoja tanto  
Como la repentina.  
Voy de mí misma, por mi mal, cargada,  
Sola, por senda errada, con pié errante,  
Y ante mí miro en pálido semblante  
Muerte que me amenaza en la jornada  
Con un puñal tajante.

## IDILIO X.

¿Qué borrascas excita el mar hinchado,  
Opuestos entre sí los elementos!  
Hieren los montes rigurosos vientos,  
Vibrando, en ira Júpiter armado,  
Sus rayos violentos.  
Marchita el austro con su soplo helado,  
Abrasa Febo con su luz ardiente  
El valle umbroso y prado floreciente,  
Que, antes de rojas flores coronado,  
Ya es arenal ardiente.  
Pero la dura causa de mi pena,  
De la beldad del cielo siempre avara,  
Más cruda lid, mayor furor declara  
Cuando los rayos de su luz serena  
Al pecho me dispara.  
Siete años ¡ay! me traje entretenida  
El vano amor, y mil me entretuviera,  
De un sutil pelo de una cabellera  
Presa, que es la esperanza de algo asida